

# **LAS TORMENTAS INTANGIBLES**

Lucía Solaz Frasquet

© 2014 Lucía Solaz Frasquet

Diseño de portada e interiores:  
Lucía Solaz Frasquet

Quedan prohibidas, sin la autorización por escrito de la autora y titular del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía y el tratamiento informático.

## **Agradecimientos**

A Maribel Mingo, por ser una vez más la mejor editora extraoficial que pudiera desear; a Amalia López, por sus comentarios y sugerencias; a Mariola Solaz, por la primera lectura y el apoyo; a Carmen Cano, por las revisiones y los ánimos; a Aina Rodríguez, por el fondo de la portada; a David Deida y a todos los maestros cuyo mensaje aparece reflejado en estas páginas; y a vosotros lectores, por acompañarnos en el viaje.

“El dolor solo existe en la resistencia.  
La dicha existe solo en la aceptación.  
Las situaciones dolorosas que aceptas de todo corazón  
se vuelven dichosas.  
Las situaciones dichosas que no aceptas  
llegan a ser dolorosas.  
No existe nada que sea una mala experiencia.  
Las malas experiencias son simplemente las creaciones  
de tu resistencia a lo que es”.

Rumi

# I. ENTROPÍA

Lena se estiró sobre las blancas arenas, tratando en vano de sacudir la inquietud que se empeñaba, insidiosa, en filtrarse hasta lo más profundo de su ser.

En un viaje fantástico por el sur de Tailandia y las islas del mar de Andamán, la pequeña, idílica Koh Lipe les había dado la bienvenida con unas aguas que mostraban la más impresionante gama de azules que hubiera visto jamás. El sol brillaba cálido y acogedor, la brisa era dulce y el mar susurraba arrullador. Todo era perfecto y, sin embargo, la vieja agitación interior persistía, dándole crecientes toques de atención. Sabía por experiencia que eran imposibles de ignorar, pero eso no le impedía intentarlo, tratar de posponer lo inevitable.

Tailandia le había regalado paisajes increíbles, encuentros con hermosos animales salvajes y exquisitas plantas y flores exóticas. Le habían cautivado sus árboles, sus enormes mariposas multicolores, su comida, su gente y su cultura. ¿Cómo decirle adiós a todo eso y mucho más?

Kim se giró hacia ella y le lanzó la sonrisa de un dios adormilado, los blanquísimos dientes y revueltos cabellos rubios quemados por el sol destacando contra la piel bronceada. La atrajo hacia él y Lena recostó la cabeza contra su pecho. El sonido firme y rítmico de su corazón la reconfortó, proporcionándole al mismo tiempo la fortaleza que necesitaba. Respiró hondo y Kim alzó la cabeza, estudiándola inquisitivo con ojos de un azul tan transparente como las aguas de la paradisiaca playa. Desde luego que tenía que percatarse de que algo bullía en su interior.

Si algo había aprendido en los últimos años de su nueva vida era que el tiempo y el espacio obedecían sus propias leyes. Por mucho que se resistiera a admitirlo, había llegado el momento de regresar a Europa y afrontar las dolorosas consecuencias de su decisión.

Se llamaba Elba, como el río, como la isla. Su madre había soñado su nombre estando embarazada.

Se llamaba Elba y a Raúl le había fascinado desde el instante en que apareció en el umbral de su antiguo piso de estudiante, una visión radiante envuelta en un vaporoso vestido blanco una cálida tarde de finales de septiembre.

Le llamó la atención que llevara una pulsera dorada alrededor del tobillo y pensó que parecía una zíngara, con su piel tostada, los cabellos largos y ondulados de un castaño profundo y unos increíbles ojos verdes enmarcados por espesas pestañas oscuras. Llegó acompañada de un chico moreno, guapo y fornido. Parecían sacados de una revista de moda y no pudo evitar la sospecha de que se habían equivocado de lugar.

Bajo el embrujo de su sonrisa y el modo fluido en que se movía, Raúl les mostró la habitación libre y el resto del piso, intentando no parlotear sin control, como ocurría cuando se ponía nervioso. Les contó que el que había sido su compañero de piso durante los últimos seis años acababa de volver a su Zaragoza natal y, aunque disponían de tres habitaciones, la tercera era tan pequeña que la empleaban de trastero. Para su sorpresa, la joven expresó interés y le hizo algunas preguntas con suave voz cantarina. Al parecer, la localización era perfecta, pues iba a empezar a dar clases de violín en una academia situada a un par de paradas de metro.

El chico, Sergio, era simpático, tuvo que admitir, y por el tamaño de sus bíceps asumió que adepto al gimnasio. A su lado, se sintió como un alfeñique desaseado. Además, parecía incapaz de mantener las manos alejadas de Elba. Le odió en silencio.

Raúl pensó que la belleza de Elba resultaba demasiado exótica para una vivienda en cuya vulgaridad atroz acababa de reparar y de la que no había modo de escapar. Concluido el recorrido, y pese a la incongruencia, buscó una excusa para mantenerla allí más tiempo. Les invitó a tomar café y

conversaron sentados alrededor de la mesa de la sala de estar. Elba le preguntó por los vecinos y la vida en el barrio, prestando una inusitada atención a sus respuestas, como si estuviera escuchando algo más allá de la mera enumeración de datos intrascendentes. La intensidad de su mirada le desconcertó y empezó a sentirse seriamente nervioso. Por suerte, la interrupción de Sergio le salvó de decir alguna idiotez.

—¡Estoy contentísimo! —declaró exhibiendo su sonrisa deslumbrante—. Al fin la he convencido para que se mude a Barcelona.

—Sergio es el motivo de que esté aquí —explicó Elba devolviéndole la sonrisa—. Llevamos varios días buscando un piso aceptable.

El chico, que tenía los dedos de Elba entrelazados, alzó la mano hasta sus labios y la besó. Se quedaron mirándose con un amor tan evidente que Raúl se removió incómodo en la silla. Parecían habitar su propio universo, un lugar en el que no estaba invitado.

Sergio le dirigió entonces su mirada castaña y le preguntó por él, haciéndole sentir todavía más como en una entrevista de trabajo. Les explicó que trabajaba en un estudio de arquitectura y que su novia, Anna, estaba terminando Ciencias Medioambientales.

—¿No vive aquí?

—A Anna le gusta su propio espacio —replicó Raúl con inesperada diplomacia.

—¡Ah, como a Sergio! —exclamó Elba con una risita traviesa al tiempo que le propinaba un suave codazo.

Aunque no había mentido, Raúl tampoco tenía intención de confesarles que la idea de vivir con Anna no se le había siquiera pasado por la cabeza. Algo molesto, cambió de tema. Cuando Elba repitió que le interesaba la habitación, Raúl, tratando de ocultar tanto su incredulidad como su entusiasmo, farfulló que otro chico tenía que ver el piso en una hora. En lo que a él respectaba, Elba podía tomar inmediata posesión de toda la vivienda, de su coche, de su alma y hasta de su colección de cómics.

Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, se obligó a esperar al día siguiente para llamarla por teléfono.



Así fue como Elba y su aura cautivadora se mudaron a la calle Unión y cambiaron su vida para siempre.

Si bien la muerte es inevitable, la mayor parte de la gente apenas piensa en ello y diseña su vida tratando de evitar enfrentarse a un hecho indefectible. Para Lena, en cambio, la enfermedad y la muerte habían sido los elementos más constantes en su existencia. Era la vida la que le resultaba una desconocida.

En los últimos meses se había producido un notable empeoramiento en su estado. Cualquier actividad física la extenuaba y era consciente del esfuerzo cada vez mayor que le suponía a su corazón seguir bombeando sangre en su interior. El tratamiento había dejado de ser una solución y, aunque sabía que era un momento que podía llegar, aún así se sintió extraña: la línea entre la vida y la muerte, el ser y el no ser, más frágil que nunca.

*Estoy en lista de espera para un trasplante de corazón, se repitió sin apenas creerlo.*

Lena mantenía una relación de amor-odio con la profesión médica. Sometida desde que podía recordar a sus interminables exámenes, los había conocido de todo tipo. Algunos cardiólogos le habían parecido arrogantes, insoportables y hasta poco fiables. En más de una ocasión se había topado con médicos que trataban a los pacientes como cuerpos en lugar de como personas, con enfermeras y enfermeros descuidados y desagradables. Podía entender la dureza de su trabajo, pero estaba segura de que algunos eran muy poco aptos para tratar con el público, bien por naturaleza o por falta de esfuerzo e inclinación. A otros, sin embargo, los adoraba. Entre sus favoritos se encontraba

uno de sus antiguos pediatras, las enfermeras que sonreían a pesar de todo y la doctora Cebriá, su última cardióloga. Era una mujer de unos cuarenta y cinco años, gran inteligencia y apasionada vocación. Si bien con tendencia austera, era evidente que le importaba el bienestar de sus pacientes y hacía todo lo posible por ellos.

—El trasplante cardiaco no es un procedimiento experimental —les aseguró con seriedad—. Los riesgos son bajos y los resultados buenos.

Sus padres intercambiaron una mirada. Al parecer, Lena era una de las escasas afortunadas que poseía un corazón gravemente dañado sin que eso hubiera alterado otros órganos de forma sustancial.

—Si se te ha propuesto como candidata es porque el equipo considera que las posibilidades de éxito son muy elevadas —repitió la doctora Cebriá clavándole los ojos oscuros.

Se dirigió a sus padres, adelantándose a su pregunta:

—Nadie puede hablar de garantías ni de seguridades. No sería honesto. No podemos prever el futuro, pero las estadísticas indican que la mayoría de los transplantados con los medios actuales gozan de buena salud y llevan una vida normal.

Su padre le apretó la mano y a Lena le asaltó el pensamiento de que ni siquiera sabía lo que era eso, una vida normal.

La doctora Cebriá prosiguió:

—No es fácil, Lena, pero valdrá la pena. Ahora toca armarse de voluntad, paciencia y serenidad, pues el camino es largo. Tendremos que realizar un estudio profundo de todo tu organismo para estar seguros de que nada nos toma por sorpresa.

—¿De cuánto tiempo de espera estamos hablando? —preguntó su madre, siempre práctica.

—No suele ser demasiado. España es el país con mayor tasa de donación de todo el mundo y nuestro modelo de funcionamiento se considera ejemplar. La operación

llegará en cualquier momento. Aún así, el esperar es psicológicamente duro.

Sus padres tenían varias preguntas a las que Lena no prestó mayor atención. Se recluyó en sí misma, como solía hacer, dejándoles que hablaran sobre ella como si no estuviera presente.

Un rato más tarde, sus padres se despidieron entre agradecidos y aprensivos. Un trasplante era la única salida, pero una que no estaba exenta de riesgos.

—Te pondremos en contacto con otros transplantados —sonrió la cardióloga—. Ellos mismos te explicarán que, a partir de la operación, la vida es otra cosa.

Aunque sus horarios resultaron ser incompatibles y durante semanas apenas se vieron, Elba se convirtió en una presencia tan mágica como innegable.

Daba clase por las tardes y colaboraba con varias orquestas y formaciones musicales, con lo que sus noches estaban ocupadas con ensayos y actuaciones. Mientras Raúl madrugaba, Elba solía regresar a casa cuando él ya se había acostado. Ni siquiera los fines de semana solían coincidir, pues Elba los pasaba con Sergio y Raúl, cuando no visitaba a su familia en Reus, se quedaba en el piso de Anna.

Los cambios, pequeños al principio, eran lo único que probaba su existencia, que en ocasiones Raúl creía soñada. En el cuarto de baño surgieron multitud de frascos multicolores que contrastaban con el sobrio contenido de su estante. Raúl abría en secreto esas botellitas que guardaban aceites de baño con propiedades asombrosas, succulentos geles de ducha y champús cuyo aroma aspiraba con fruición.

Sobre la mesa del salón apareció un estilizado jarrón con flores frescas y la cocina se benefició de un frutero rebosante y de un conjunto de coloridas tazas. Incluso lo que comía era objeto de fascinación. Los desatendidos estantes se llenaron de productos ecológicos de los que ni siquiera sospechaba su existencia, desde té de todos los colores posibles, a tamari, jengibre, algas, tofu y aceite de coco. Jamás hubiera imaginado que junto a los cereales del desayuno

algún día encontraría quinoa, leche de avena y siete tipos diferentes de semillas.

Una mañana encontró una nota de Elba pidiéndole permiso para cambiar las cortinas del salón, a lo que accedió de inmediato. Siempre le habían parecido horribles, pero nunca había pensado en reemplazarlas, como si se tratasen de un atentado estético irremediable que uno debía sufrir con estoicismo. La preciosa tela de cálidos tonos dorados y anaranjados demostró lo equivocado que había estado. Un espejo que reflejaba la luz, un par de plantas de hojas brillantes, velas aromáticas y una elegante lámpara en la esquina transformaron la atmósfera por completo. El espacio que tan bien conocía empezó a parecerle más amplio y luminoso, con un aroma fresco e invitador.

Una tarde descubrió que el viejo espejo del cuarto de baño, resquebrajado durante siglos, había sido sustituido por una pieza ovalada con un marco de alegre mosaico azul. Y en lugar de la mohosa cortina de baño ahora colgaba una nueva a juego con el espejo. Incluso las descoloridas y desgastadas toallas dejaron paso a tejidos esponjosos y fragantes. El cambio, simple pero espectacular, dejó a Raúl preguntándose una vez más por qué no se le había ocurrido hacerlo a él antes.

Patricia, la señora que limpiaba la escalera de la finca, había mantenido la vivienda habitable durante los casi siete años en los que tanto él como su antiguo compañero combinaban los estudios de Arquitectura Superior con diversos trabajos y apenas la ocupaban para dormir. Sin reparar demasiado, Raúl había agradecido las manos invisibles que limpiaban el piso, ordenaban su cuarto y planchaban sus camisas una vez a la semana. Eso había sido más que suficiente, pero ahora la discrepancia entre unas estancias inesperadamente acogedoras y su propia habitación empezó a resultarle más que chocante. Anna se quejaba de que parecía una guarida más que un dormitorio, pues ni siquiera se molestaba en abrir las persianas.

Ahora que regresaba cada tarde a lo que por primera vez parecía un hogar, se encontró a sí mismo deseando pasar más tiempo en él, no solo porque se sentía cada vez más a gusto, sino también por la posibilidad, por remota que fuera, de encontrarse con la artífice de semejante transformación.

Lena sabía que la cardiopatía congénita con la que llegó al mundo podía degenerar hasta el punto de que ni tratamiento ni cirugía correctiva, sino un nuevo corazón, fuera la única posibilidad de continuar con vida. Lo sabía, pero nunca había pensado demasiado en ello. Jamás le prestó mayor atención a las explicaciones de los bienintencionados médicos que, cuando era niña, le mostraban con diagramas y modelos de plástico cómo y por qué las válvulas de su corazón no funcionaban correctamente. Su madre era la experta. Aunque licenciada en Biblioteconomía, había llegado a saber tanto o más que cualquier cardiólogo. Sus conocimientos sobre medicina, nutrición y tratamientos alternativos la llevaron a dejar su trabajo y abrir la herboristería de más éxito de Sabadell. Era una ocupación ideal, pues los dependientes se hacían cargo de todo cuando tenía que llevar a Lena a Barcelona a una de sus revisiones. Su padre, profesor de Historia en un instituto de educación secundaria, las acompañaba en ocasiones, pero en general era su madre la que se había erigido como abanderada de la fiera batalla contra la muerte.

El estudio previo a la operación la puso a prueba. Cuando la doctora Cebriá le recomendó paciencia y serenidad, no estaba bromeando. Le informó de que, una vez en lista de espera, más de treinta servicios se ponían en marcha para que se pudiera llevar a cabo el trasplante.

—De estos cientos de personas, solo entrarás en contacto directo con unas cuantas. Vuestra relación será estrecha y espero que adquirieras confianza y preguntes todo lo que no entiendas, ¿de acuerdo?

Lena asintió, obediente, y durante los días que siguieron conoció a varios médicos y enfermeras de las unidades de cardiología y cirugía. Ellos le hablaron de los equipos de anestesia, medicina intensiva, hemodinámica, infectología, hospitalización domiciliaria, patología y fisioterapia que se verían implicados en el proceso.

Le hicieron cien preguntas, cien veces, cien médicos distintos; otras tantas veces le auscultaron el corazón y los pulmones, le palparon el cuello, las axilas, las ingles y la barriga, le pusieron la linterna en los ojos y comprobaron sus reflejos con un martillito. Se la sometió a una cantidad inimaginable de extracciones sanguíneas y análisis de orina. Las enfermeras le aseguraron que eran las imprescindibles y se negaron a ratificar las sospechas de Lena, que insistía en que debían estar haciendo algún tipo de negocio con tanta sangre.

—Muchos análisis y pruebas en la piel se hacen para medir tus defensas contra agentes infecciosos —le explicaron—. Esto nos permite saber si hay que vacunarte o darte medicinas para evitar infecciones, porque tras el trasplante disminuirán mucho tus defensas.

Le hicieron electrocardiogramas, radiografías de tórax, un TAC, ecografías abdominales y ecocardiogramas. Grabaron durante veinticuatro horas todos los acontecimientos eléctricos que se produjeron en su corazón, comprobaron que su aparato respiratorio estaba sano y le hicieron un examen odontológico.

—En la boca es donde más gérmenes acechan la oportunidad de pasar a la sangre cuando disminuyen las defensas —le advirtieron— y por eso es necesario comprobar que no hay caries o infecciones antes de la operación.

Lena se sometió a todo con una docilidad nacida de años de exámenes médicos. Midieron la capacidad de respuesta de su corazón y las reacciones del resto de su organismo haciéndole correr en una máquina. Como todo en su vida, se trataba de un esfuerzo físico medido, controlado y vigilado.

—Este líquido se llama contraste y se ve muy bien en las radiografías —le informaron—. Mezclado con la sangre, nos permitirá observar el interior del corazón y las arterias coronarias.

El amable médico al cargo le explicó que el cateterismo cardiaco era esencial y permitía ver dibujadas

las aurículas y los ventrículos, grabar sus movimientos, el latido, la expulsión y admisión de la sangre, medir volúmenes y presiones. Empleando anestesia local, le colocaron en la vena de la ingle el fino tubo que había de llegar hasta el corazón, por dentro de las arterias y las venas, hasta inyectar el contraste. A pesar del recelo que le provocaba la prueba, le resultó sorprendentemente poco molesta. Observó con curiosidad el corazón deficiente que iba a abandonar su pecho para siempre, reemplazado por el de un desconocido al que le debería la vida y al que nunca podría agradecerse.

Una noche, el impulso que lo había espoleado con persistencia durante semanas fue demasiado fuerte para resistirlo. Sabiendo que se encontraba fuera, llamó con cautela a la puerta del cuarto de Elba y aguardó unos segundos, casi conteniendo la respiración, antes de decidirse a entrar a hurtadillas. Encendió la luz y admiró boquiabierto la antigua habitación blanca y desangelada convertida en un santuario.

Elba había pintado las paredes de un acogedor tono cremoso contra el que destacaban, gloriosas en profundos rojos, granates y púrpuras, las cortinas, las lámparas y la ropa de cama. Todo parecía sencillo y ordenado, pero también muy femenino y con carácter. Dio unos pasos, notando la mullida alfombra bajo sus pies y resistiendo el invitador aspecto del edredón y los almohadones sobre la cama. Se detuvo frente a la estantería, leyendo algunos de los títulos en varios idiomas de sus libros y observando con embeleso su ecléctico gusto musical.

Sin apenas darse cuenta, alargó la mano hacia el pañuelo de seda que descansaba sobre el respaldo de una silla y lo acarició con reverencia, llevándose al rostro para apreciar su suavidad. Olía a Elba, se percató aspirando su delicioso aroma, y se sintió embargado por una extraña añoranza.

El sonido tintineante de un objeto cayendo en el piso de arriba lo arrancó de su trance, catapultándolo de improviso a un peculiar sentimiento de culpa. Era un intruso profanando



el templo de una diosa. Se apresuró a devolver el pañuelo al lugar que le correspondía y abandonó la estancia con el corazón palpitante.

Su familia siempre la había tratado como a una inválida y Lena, a la que le costaba respirar en los días calurosos y húmedos y que sufría de frecuentes resfriados, dolores de garganta, bronquitis y gripes, no había hecho nada por impedírselo. Su madre la vigilaba como un halcón a su presa, asegurándose de que no corría, que no se fatigaba, que comía lo correcto. Sus hermanos, por lo contrario, eran libres. Paula y Enric podían saltar y trepar, emborracharse y pasarlo bien, cometer locuras y vivir como si la muerte no fuera con ellos.

Se convirtió en el proyecto de su madre. Era ella la enfermera que la pesaba, le tomaba el pulso, la tensión y la temperatura; la escuchaba respirar y estudiaba el estado de su lengua, sus uñas y sus ojos, anotándolo todo con meticulosidad, como si temiera que un descuido suyo pudiera costarle la vida a su hija pequeña. Obsesionada por su supervivencia, había consultado con todo tipo de médicos tradicionales y alternativos, llevándola a acupuntura e insistiendo en que recibiera sesiones de Reiki. Tanto había hecho por ella que a Lena no le quedó nada por lo que luchar. Se limitó a su papel de espectadora, sin infancia, sin adolescencia, sin responsabilidades, replegada en su propio mundo.

Lena apenas se había rebelado en alguna ocasión ante el sabor horrendo de algunas de las medicinas e infusiones, la vigilancia constante, los exámenes interminables, las revisiones y los análisis. Sentía que ni su cuerpo ni su vida le pertenecían.

Un sábado por la mañana, mientras terminaba de desayunar en la mesa del salón, le sorprendió verla salir de su cuarto como un zombie, los cabellos revueltos y los ojos entrecerrados. Le pareció adorable en su pijama de seda

granate. Desapareció en el cuarto de baño, desde donde le llegó el sonido del agua del lavabo y un gemido apagado. Con el rostro todavía húmedo y moviéndose con lentitud, se sentó a su lado sin decir palabra. Raúl la observó divertido e intrigado, pues las veces en que se habían visto se había mostrado simpática y habladora.

—Todavía queda algo de café, ¿te apetece?

—Sí, por favor —pronunció por fin con voz ronca y una mirada agradecida.

Al regresar de la cocina con una taza la encontró en la misma posición.

—¿Estás bien? —inquirió.

—Sí, sí, es que no soy una persona madrugadora.

—Son más de las diez.

—Esto es temprano para mí, sobre todo después de dar un concierto y salir a bailar hasta la madrugada. Y sospecho que también tengo un poco de resaca.

—¿Por qué te has levantado entonces?

—He quedado con Sergio. Hoy tiene el día libre y tenemos que aprovechar. En cuanto acaben las representaciones en Barcelona saldrá de gira.

Raúl procuró no reaccionar. Se esforzaba todo lo que podía en olvidar la existencia del novio de Elba, bailarín en una conocida compañía de danza.

—Eso me recuerda que Anna quiere que vayamos a cenar todos juntos —pronunció en el tono más ligero del que fue capaz—. No se cree que apenas haya coincidido con mi nueva compañera de piso en dos meses y la has impresionado con los cambios que has introducido.

—¡Ay, perdona! Te tenía que haber consultado. Me temo que me dejé llevar. Lo hago a menudo —añadió con una mueca de disculpa.

—¡Me encanta! —se apresuró a asegurarle—. Y estoy muy agradecido. El piso parece otro.

—Soy un poco adepta del Feng Shui y he visto que tú también has traído flores —comentó Elba con una sonrisa que iluminó sus ojos verdes.

—Es increíble la influencia que tienen las cosas más simples. Y yo debería saberlo, pero nunca se me había ocurrido aplicarlo al entorno en el que vivo, ya ves qué tontería.

—¿Cuándo quieres ir a cenar?

—¿Cómo? —preguntó desconcertado por el cambio de tema.

—Con Anna. A mí también me gustaría conocerla. Y a ti. Me resulta raro compartir el cuarto de baño con casi un extraño —replicó enarcando las cejas con humor mientras se terminaba el café, negro y sin azúcar.

—Pasar tanto tiempo en el hospital, rodeada de enfermos que sufren y sometióndote a tantas pruebas después de atravesar una enfermedad crónica seria puede minar la moral de cualquiera —comentó en su primera visita la psiquiatra que había de velar por su estado de ánimo.

La joven, afable y competente, habló con ella y con sus padres sobre los retos emocionales que les aguardaban.

—No voy a exigirte que estés contenta, Helena, pero sí me gustaría verte serena y confiada.

—Lena —la corrigió—. Prefiero que me llames Lena.

Había sido Paula, incapaz de pronunciar el nombre de su hermanita recién nacida, quien le había dado su nombre. Helena había quedado para los documentos oficiales, para los informes médicos, y Lena lo detestaba.

En el viaje de regreso a Sabadell, pensó en Paula. De jovencita le gustaba observarla mientras se arreglaba para salir los fines de semana. Cinco años mayor que ella, le explicaba la función de la máscara de pestañas y le contaba la última pelea con su novio del momento esforzándose por no mirarla con pena.

Hacía tiempo que Paula y Enric habían dejado el hogar familiar y la antigua habitación de su hermano era ahora su estudio. Paula, veterinaria, se había casado con un bombero, nada menos, mientras Enric, obsesionado con el prestigio y el dinero, trabajaba en Madrid como abogado en una multinacional y tenía una novia que parecía haberse tragado un palo.

El sofá fue la causa de que pasaran unas horas a solas por primera vez. Elba comentó lo atrocamente incómodo que era el viejo monstruo marrón, además de todo un crimen contra el buen gusto, y Raúl le dio la razón. Cuando sugirió comprar uno nuevo, Elba propuso ir a escogerlo juntos en su tarde libre.

Estuvo de excelente humor todo el día, salió a su hora del trabajo y notó el corazón cantando alegre mientras se dirigía al lugar de encuentro acordado. Llegó con cinco minutos de antelación y trató de contener su excitación, sintiéndose como un colegial ridículo, cuando Elba lo saludó unos instantes más tarde con una sonrisa deslumbrante y lo tomó del brazo con camaradería. Le pareció curioso que pasear a su lado fuera lo más natural del mundo, como si lo llevaran haciendo toda la vida. Notaba las miradas de las personas con las que se cruzaban en la calle y se percató con secreta satisfacción de que los tomaban por pareja.

Esa debería haber sido otra señal de alarma sobre la creciente debilidad de su relación con Anna y, el hecho de que ni siquiera hubiera pensado en ella, el indicio más evidente. Pero él no se dio cuenta, concentrado como estaba en intentar impresionar a Elba con su inteligencia e ingenio. Adoraba el sonido de su risa cantarina y ella lo compartía con generosidad, celebrando sincera y abiertamente sus bromas y chistes tontos.

Raúl jamás hubiera sospechado que probar sofás y considerar los distintos modelos, tapizados y colores pudiera ser tan divertido. Lo cierto es que, junto a ella, se sentía alegre y rebosante de buen humor, tan distinto de sí mismo y a la vez tan extrañamente auténtico. Percibió la sonrisa de algunas personas que los contemplaban amables mientras ellos reían como niños y disfrutaban pasando de un modelo a otro, hablando con los sofás como si estuvieran vivos, fingiendo distintas voces y personalidades.

El hechizo solo se interrumpió cuando Sergio la llamó por teléfono y ella respondió con un tono tan dulce que rompió en añicos la ilusión que Raúl había construido con tanto cuidado.

—Después de la operación, tu nuevo corazón funcionará como un reloj —le aseguró uno de los médicos—. Sin embargo, el resto de tu cuerpo se tiene que recuperar de la cirugía, que es una paliza considerable. Los primeros días todo se resiente y nos preocupa en especial la limpieza de los bronquios, pues las flemas y mucosidades pueden favorecer la aparición de infecciones pulmonares.

Otro médico le enseñó un conjunto de ejercicios que debía practicar en casa dos veces al día antes de la operación.

—Están destinados a favorecer la respiración profunda, la tos y la expulsión de secreciones. Romántico, ¿eh? —añadió con un guiño.

A Lena le sorprendió escuchar el sonido de su propia risa. No era algo habitual esas últimas semanas. La inminencia del transplante estaba provocando inquietantes cuestiones sobre su identidad y la pérdida del sentido de sí misma.

*Si mi corazón es la fuente de mi personalidad, de mi amor, mis pensamientos, emociones y sentimientos, con él perderé una parte muy importante de mí. Y ¿qué es lo que voy a recibir a cambio?*

Raúl contempló los armarios vacíos, la habitación repleta de cajas y la maleta todavía abierta sobre la cama. La última vez que se mudó fue una ocasión feliz, llena de excitación y promesas. Elba siempre había tenido ese efecto en él.

Ahora que había donado su ropa y empaquetado el resto de sus pertenencias, mirando sin ver sus libros, sus discos, sus partituras, los pequeños adornos y detalles que la hacían tan especial, el hogar que habían compartido durante los últimos cuatro años le devolvió una mirada triste y desamparada.

Se sentó en la cama. El dolor era demasiado agudo para ignorarlo, pensó apretando la mano contra el pecho mientras se esforzaba por seguir respirando. La echaba de menos con una intensidad imposible. Había tenido la certeza absoluta de que Elba era su destino y no podía entender por qué se la habían arrebatado con tanta crueldad.

Junto a ella entendió los modos en los que se había boicoteado en el pasado y se dio cuenta de que sus relaciones anteriores habían sido una mera preparación para su encuentro con Elba. Era como si hubiera esperado toda su vida a conocerla y, de algún modo, supiera que no iba a funcionar con nadie más. Con ella experimentó una incomparable sensación de unidad que jamás había sospechado posible. Fue como regresar a casa, reencontrarse con una energía familiar largo tiempo perdida y perpetuamente anhelada sin ni siquiera saberlo. Compartieron una inmensa amistad combinada con una fuerte atracción sexual a un nivel hasta entonces desconocido. Sentían los síntomas, enfermedades y emociones del otro incluso cuando no estaban juntos. Raúl se percató muy pronto de que funcionaba peor cuando estaba lejos de Elba, que le resultaba física y mentalmente doloroso

estar alejado. A su lado se sabía más fuerte, capaz y poderoso. El mundo se convirtió en un lugar mejor por su mera presencia y ahora que ya no estaba allí para iluminarlo, se sentía solo y perdido.

Quebrado, perplejo, abandonado.

Sacudió la cabeza, respiró hondo y se secó las lágrimas. Su cuñado Lluís estaba a punto de llegar con la furgoneta que habían alquilado para realizar la mudanza. Iván y Esteve llamarían al timbre de un momento a otro. Sus vecinos, Miquel y Albert, también se habían ofrecido a ayudarle a cargar las cajas. Iban a llevarlo todo a la casa que sus padres tenían en Almoster, donde habría de permanecer hasta que regresara de Burkina Faso y decidiera qué hacer con el resto de su vida.

Por primera vez en sus veintiséis años de vida, Lena entró a la consulta a solas. Insistió en ello y su madre, apretando los labios, permaneció en la sala de espera.

—Cuando reciba el corazón nuevo, ¿seguiré siendo yo? —preguntó sin ambages.

Había pensado en expresarle sus dudas a la psiquiatra, pero tenía más confianza con la doctora Cebriá, quien la había tratado durante los últimos años. A veces le parecía estar dejándose llevar por un sentimentalismo irracional, pero al mismo tiempo era un asunto que no lograba quitarse de la cabeza. La cardióloga la estudió con una expresión impenetrable y, por un momento, temió que desestimara sus dudas como un mero producto de su imaginación.

—Siempre me ha fascinado el corazón, el primer órgano en vivir y el último en morir —declaró por fin pronunciando las palabras con cuidadosa precisión—. ¿Sabías que su campo electromagnético es cinco mil veces más potente que el del cerebro?

Lena negó con la cabeza.

—El corazón que aprendí en la facultad de medicina era una simple bomba mecánica, un órgano del tamaño de un puño que palpita una media de setenta y dos veces por

minuto, más de cien mil veces al día; un músculo con cuatro cámaras cuyo único propósito es transportar sangre oxigenada al cerebro y otros órganos, capaz de impulsar entre cuatro y dieciséis litros por minuto, con un consumo de diez vatios, sin mantenimiento y preparado para funcionar sin detenerse durante docenas de años. Nadie nos dijo que este músculo hueco tuviera relación alguna con las emociones, el intelecto o el alma. Mi papel era técnico: encontrar bloqueos y abrirlos. Mi terreno no tenía nada que ver con el trauma, el dolor y otras emociones que pudieran experimentar mis pacientes.

La doctora Cebriá hizo una pausa, moviendo la cabeza en un gesto de incredulidad.

—Entonces no sabía nada del corazón mental, afectado por la hostilidad, el estrés y la depresión. Ignoraba la existencia del corazón emocional, que puede romperse con la pérdida; y del corazón inteligente, que tiene un sistema nervioso propio y se comunica con el cerebro y otras partes del cuerpo. Nadie me enseñó nada sobre el corazón espiritual que anhela un propósito más elevado, el corazón universal que se comunica con otros o el corazón original que palpita en el feto antes de que se forme el cerebro.

Lena escuchó estupefacta el apasionado discurso. Aunque jamás la había decepcionado y había estado segura de que se tomaría su pregunta en serio, sin tratar de tranquilizarla con un discurso paternalista, esto superaba sus expectativas.

—¿El corazón tiene su propia inteligencia? —inquirió por fin.

La mujer asintió con gravedad.

—En los años sesenta y setenta, John y Beatrice Lacey demostraron que el cerebro no es el señor del cuerpo que muchos pensaban, sino que es el corazón, con su propia inteligencia y sistema nervioso, poder de decisión y conexiones con el resto del cuerpo, el que se comunica con el cerebro. Los Lacey demostraron que el corazón tiene su propia lógica, que a menudo difiere del sistema nervioso. En



ocasiones, el corazón desobedece las órdenes del cerebro, pero el cerebro siempre obedece las instrucciones del corazón.

Lena se removió en su asiento con una mezcla de asombro y consternación. Perder su viejo corazón iba a ser mucho peor de lo que había imaginado.

—Varios médicos señalan que el corazón no solo posee su propio lenguaje —continuó la cardióloga—, sino también su propia mente: la compleja red de neuronas y neurotransmisores del corazón forma un elaborado circuito que le permite actuar de forma independiente del cerebro craneal, aprender, recordar e incluso sentir. El corazón también se comunica con el cerebro y otras partes del cuerpo produciendo hormonas y neurotransmisores como dopamina y adrenalina, que median las emociones.

Lena aceptó el vaso de agua que le ofreció, tratando de absorber toda esa nueva información sin volverse loca al considerar sus implicaciones.

—Han sido mis pacientes los que me han enseñado que el corazón es un centro de gran complejidad y poder, mucho más que una bomba mecánica. He aprendido a apreciar y respetar la gran influencia que los pensamientos, sentimientos, emociones y sentido de pertenencia tienen en la salud cardiovascular. Por eso he luchado tanto por crear grupos de apoyo donde los enfermos cardíacos puedan compartir sus experiencias, practicar yoga y meditación.

Lena le lanzó una mirada, sintiéndose más que desbordada.

—Tú has debido intuir que la naturaleza del corazón es más compleja de lo que nos dicen —añadió la mujer con amabilidad—, o no estarías aquí haciéndome esa pregunta. Algunos sostienen que el corazón posee una mente que llaman espíritu, yo superior, intuición o voz interior.

—Por eso empleamos el término “corazonada”... —se dio cuenta Lena de improviso.

—Cierto —sonrió la mujer—. El doctor Paul Pearsall sostiene que el corazón, además de constituir el centro de energía más importante del cuerpo, es al mismo tiempo un

mensajero del código que representa el alma. Pearsall empezó a contemplar la posibilidad de la existencia de memoria celular en los receptores de trasplantes a partir de su propio trasplante de médula ósea y también porque su herencia hawaiana valora el corazón como un órgano espiritual que piensa, siente y se comunica. Varias culturas y tradiciones espirituales comparten esa idea. Los griegos creían que el espíritu residía en el corazón, al igual que ocurre en la medicina tradicional china. En la tradición mística occidental, el corazón es la localización de la luz de Cristo, mientras los hindúes lo consideraban el hogar del principio divino. Para los egipcios, el corazón era también la morada del alma y, a diferencia del cerebro, no lo extraían durante el proceso de embalsamamiento. Se salvaguardaba con sumo cuidado para que acompañara al cuerpo en la otra vida, donde había de pesarse en una balanza en presencia de Osiris.

Lena la escuchaba cautivada. Le encantaba la gente que volcaba tanta pasión en su trabajo y resultaba evidente que la doctora Cebría era mucho más que una científica.

—Algunas tribus se comían el corazón de los enemigos más heroicos para imbuirse de su valor, mientras otros ingerían el corazón de algunos animales, como leopardos y leones, con el fin de adquirir sus características. Y los aztecas llevaban a cabo ritos donde arrancaban el corazón del pecho de los prisioneros para ofrecérselo, todavía latiendo, a sus deidades.

La cardióloga la contempló con seriedad unos momentos antes de continuar.

—Lena, responder a tu pregunta supondría conocer la esencia del ser humano y me temo que es algo que se me escapa. ¿Seguirás siendo tú? ¿Somos más que nuestro cuerpo, que nuestra mente, que nuestra personalidad? No sabría decirlo.

Lena sostuvo su mirada casi sin atreverse a respirar.

—¿Cambiarás a raíz del trasplante? Seguro. Incluso si un nuevo corazón no afectara quién eres en realidad, nadie atraviesa una experiencia semejante sin transformarse

de una u otra forma. Y ya sabes cuál sería la alternativa de no aceptar esta oportunidad. De lo único que tengo certeza absoluta es que te quiero viva, con un corazón sano palpitando en tu pecho.

Todavía mareada ante todas esas nuevas consideraciones, Lena se levantó y le agradeció su tiempo y sus palabras.

—El transplante será un éxito —afirmó la mujer al despedirse— y yo continuaré aquí para ayudarte en todo lo que pueda.

Cuando Anna rompió con él, poco después de su tercer aniversario, Raúl se sintió liberado durante unos días. Salió de fiesta con Esteve, se emborracharon y quedaron de acuerdo en que era imposible entender a las mujeres.

Después sucumbió a la depresión. Dos semanas más tarde, Elba lo encontró agarrado a una cerveza y viendo una película de acción con Bruce Willis.

—Es sábado por la noche —canturreó sentándose a su lado en el sofá más bonito y cómodo del mundo—. Pensaba que habrías salido con Anna.

—Rompió conmigo hace un mes —gruñó.

—Vaya... ¿Por qué?

La pregunta, que le hubiera molestado en cualquier otra persona, parecía responder a un deseo profundo de comprender más que a la mera curiosidad.

—Dice que no estaba comprometido con la relación —respondió con honestidad.

Elba ponderó sus palabras.

—Y tú, ¿qué crees?

—Que tiene razón.

—¿Vas a intentar reconquistarla?

Esa era una posibilidad que Raúl ni siquiera había contemplado.

—No tendría mucho sentido porque no estoy enamorado de ella —confesó—. Estaba habituado a ella, pero eso no es lo mismo, claro, y Anna se dio cuenta mucho antes que yo. Se merece a alguien que la quiera de verdad.

—Entonces, ¿a qué viene esa cara tan larga?

Eso era precisamente lo que Raúl se había estado preguntando durante los últimos días.

—Creo que lo que más me duele es despedirme de la idea que me había hecho de nosotros dos, de nuestra relación. Y era muy conveniente: ir juntos a las reuniones familiares, presentarla como mi novia, decir que todo iba bien. Así, los amigos y la familia dejaron de molestarme. Ahora, vuelta a empezar...

—Ah, eres un comodón emocional —señaló Elba tomándole el pelo con cariño.

Y Raúl, que podía ver la verdad que guardaba ese comentario, no se sintió mejor.

—A veces me pregunto qué puñetas quieren las mujeres —murmuró para sí mismo con frustración.

Lo que creía saber, complacerlas a toda costa y ceder a sus caprichos, no había dado resultado.

Elba lo estudió con esa mirada suya que se adentraba hasta la profundidad de su alma y le causaba cierto nerviosismo porque no tenía ni idea de qué era lo que podría ver.

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó por fin.

Raúl la miró con asombro. Siempre había pensado que se trataba de una pregunta retórica, sin una posible respuesta satisfactoria, como la Atlántida, el Triángulo de las Bermudas o el Experimento Filadelfia.

Intrigado, asintió en silencio.

—Lo que las mujeres queremos —le informó Elba—, incluso las que no lo saben y las que jamás lo admitirían, es un héroe.

Esa era una respuesta que no esperaba. Raúl la contempló sin acabar de entender a qué se refería.

—No hablo de alguien con traje, capa y antifaz —aclaró Elba con una sonrisa—, sino de un hombre con una misión, un propósito en la vida que contribuya al bien común. Seguro de sí mismo, sabe adónde se dirige y vive con integridad la vida que él mismo ha elegido. Es abiertamente masculino, pero no un macho a la antigua usanza.

Raúl empezó a comprender e hizo un gesto para que prosiguiera.

—Un héroe acepta tanto su parte masculina como su parte femenina, no sigue las convenciones y se enfrenta a sus

miedos con valor y convicción. Es sensible, espontáneo y espiritualmente consciente, comprometido de corazón a descubrir y vivir su verdad más profunda. Un héroe trae consigo bondad, justicia, pasión, coraje, humor y vulnerabilidad.

Raúl absorbió sus palabras, sintiendo como si le hubieran dado un golpe en el estómago. Seguro que Sergio era todo eso.

¿Y qué pasaba con colaborar y compartir?, se preguntó de repente.

—Pero un héroe parece implicar la existencia de una damisela en peligro —replicó confuso—. ¿No resulta eso muy antifeminista? Mis hermanas me quemarían vivo.

—En la superficie —asintió Elba clavándole sus brillantes ojos verdes—. Estoy hablando de personas que ya han alcanzado el respeto por otros géneros y preferencias sexuales, de aquellos que consideran que los hombres y las mujeres son iguales desde un punto de vista social, intelectual, económico y político. Son aquellos que están dispuestos a celebrar sus diferencias. Una mujer dependiente quiere a un caballero andante que la rescate porque ella se ve inferior o demasiado débil, de modo que atraerá a un hombre del tipo macho dominador. Una mujer que ha aprendido a cuidar de sí misma sabe que es muy capaz de salvarse sin ayuda. Lo que quiere es un amante en el que poder confiar por completo y saber que, si llegara el caso, no dudaría en arriesgar su vida por ella. Ese es el héroe del que hablo.

Raúl le lanzó una mirada incierta.

—¿Crees que podría confiar en mi pareja si me despertara en medio de la noche porque ha escuchado un ruido en la cocina y quiere que vaya a ver qué puede ser mientras él se queda asustado bajo las sábanas? —ilustró la joven—. O imagina que se declarara la guerra y que yo le pidiera a mi amado que permaneciera conmigo en lugar de defender la libertad de su país, que sería una misión más elevada que acallar mis temores. Aunque yo desee que se quede a mi lado y así lo exprese, si él me hiciera caso, yendo en contra de un sentido del deber superior a nuestra relación, no podría evitar perder la confianza y el respeto por él.

—¿Es ese el modo que tenéis las mujeres de probarnos? ¿Expresar una cosa y querer decir otra?

—Es posible —concedió Elba—. Un héroe antepone su propósito en la vida a todo lo demás, incluidas sus relaciones personales. Las mujeres respetamos y admiramos eso, aunque no siempre lo admitamos.

Raúl asintió, todavía confuso, y en los días que siguieron entendió la punzante sospecha de que intentar complacer a las mujeres a pesar de sí mismo nunca había sido el camino. Lo que Elba le proponía iba en contra de lo que creía saber, de su aprendizaje y asunciones comunes, pero algo dentro de él reconocía que tenía sentido.

Poco a poco, la culpa y el resentimiento albergados sin ser consciente durante años, y que se habían manifestado con fuerza tras la ruptura de Anna, comenzaron a desvanecerse, proporcionándole una desconocida y estimulante sensación de libertad.

Lena se encerró en su estudio, un refugio en el que ni siquiera su madre solía importunarla. Observó su último cuadro, todavía sin terminar, y tomó uno de los pinceles. No lo había limpiado bien y ahora estaba rígido. Era impropio de ella, siempre tan meticulosa. Al contrario que Gema, su mejor amiga, que vivía en medio del caos y cuando trabajaba no había una superficie a salvo en cuatro metros a la redonda, Lena era cuidadosa y ordenada. Algo de pintura siempre acababa en su ropa, su rostro y sus manos, pero en general no le llevaba más de unos minutos remediar los desperfectos. Al acabar cada sesión limpiaba la paleta con aceite de linaza y sus pinceles siempre recibían el mejor tratamiento, incluido aceite vegetal y jabón de Marsella, cuyo alto contenido en aceite de oliva los mantenía en condiciones óptimas.

Sumergió el desdichado pincel en aguarrás y pensó en su última conversación con Gema, una independentista franca y apasionada que no entendía su elección de estilo de vida. Una vez, en uno de sus arranques, llegó a decirle que había permitido que sus padres la convirtieran en una inútil. Lena no se ofendió. Tenía razón.

Durante la carrera, su madre respiró tranquila cuando decidió invertir cincuenta minutos de ida y otros tantos de vuelta en lugar de compartir un piso en Barcelona con otros estudiantes. Lo que Gema interpretaba como falta de libertad le era indiferente. Había crecido prácticamente sin amigos. Su enfermedad siempre la había señalado como distinta. Era la niña solitaria que no podía correr, ni trepar, ni saltar, que se sentaba en una esquina con un libro o un cuaderno de dibujo o simplemente contemplaba los árboles, los pájaros y las hormigas. Lena pensó en una ocasión que su enfermedad había desde luego influido en su vida pero, con toda honestidad, si hubiera nacido sana era muy posible que todavía hubiera preferido las posibilidades infinitas de su mundo interior a las limitaciones del mundo exterior. No era arisca ni antipática: simplemente le resultaba imposible fingir interés por lo que la rodeaba.

Gema, Elisa y Gustavo habían intentado que se mudara con ellos en repetidas ocasiones. Con Gustavo le costó la ruptura. Gema, sin embargo, no era de las que se rendía con facilidad.

—¿Por qué, si en mi casa dispongo de todo lo que necesito? —replicó ante su nueva ofensiva.

—¡Porque así tendrías tu propia vida! —la espoleó su amiga—. Debería haber una ley cósmica que expulsara a los hijos del nido después de los veinte. ¿No te das cuenta de que no es sano?

—¿Y tú no te das cuenta de que no tengo vida? —contraatacó sin amargura ni resignación—. Nunca la he tenido y no voy a pretender lo contrario.

Gema lanzó un gemido exasperado, pero no desistió. Habían hablado del tema en otras muchas ocasiones. Su amiga, que sabía que su corazón podía fallar en cualquier momento, no se privaba de mostrar su frustración. Opinaba que precisamente el poder morir en cualquier instante debería proporcionarle el impulso de vivir cada día como si fuera el último.

—¿No es así como se supone que todos deberíamos vivir? ¿Al máximo? —exclamó en una ocasión alzando los brazos al aire con dramatismo.

—¿Tú crees que no doy lo mejor que tengo en cada instante? —preguntó a su vez, imperturbable.

—No es eso y lo sabes —protestó Gema—. Le das lo mejor que tienes a tu arte, pero no a tu vida.

Lena probó otro ángulo.

—Todo el mundo, con independencia de su estado de salud, puede morir en cualquier instante, de una estúpida caída en la ducha, de una apoplejía, de un accidente de tráfico, del azar de una simple maceta empujada desde el balcón.

Gema sacudió la cabeza. La fragilidad y transitoriedad de la existencia humana se aplicaba a Lena de un modo más directo. Para ella era una posibilidad muy real, mientras la mayoría prefería la ilusión de creer conocer lo que iba a depararles el futuro, pretendía tener todo el tiempo del mundo y solía darse cuenta, demasiado tarde, de que no era así, de que había malgastado la vida en cosas que no le gustaban, posponiendo aquello que más deseaba. Gema era firme partidaria de no dejar nada para un mañana que podía no llegar, de evitar proyectarse en el futuro y olvidar disfrutar el presente.

—Veo a toda esa gente existiendo en una especie de animación suspendida durante la semana —expuso tratando de mantener la calma—, anhelando la llegada del viernes, pasando el domingo deprimidos porque al día siguiente tienen que regresar a un trabajo, a una vida, que detestan. No es posible que hayamos nacido para vivir como zombies, atrapados en un sistema diseñado para que la gente no piense ni persiga sus sueños, las mujeres demasiado ocupadas tratando de alcanzar modelos de belleza imposible, muertas de hambre y sin energía por la última dieta, los hombres anestesiándose hasta el olvido con deportes y cerveza.

Lena, que la quería, escuchaba sus explosiones con paciencia reservada a unos pocos.



—No pretendo juzgarte ni presionarte —añadió Gema—. Bueno, un poco sí, pero es que me apena ver que pareces haber tirado la toalla casi incluso antes de empezar el combate. Claro que tienes una vida. ¡Haz que cuente! No te conformes con ser una mera espectadora que se deja llevar por la corriente sin proponerse una dirección. ¡Por Dios Santo, si ni siquiera permites que la gente vea tus cuadros! ¿De qué tienes miedo?

Familiarizada con sus arranques, Lena le devolvió la mirada en silencio. Era imposible ganarle en un enfrentamiento verbal. Tenía más argumentos que un abogado en un buen día y la energía de un volcán.

Gema tomó asiento con un suspiro.

—Me cabrea sobremanera que te haya tocado un corazón con agujeros y me aterroriza la idea de perderte, pero más me fastidia ver cómo utilizas tu enfermedad como una excusa para no vivir.